

# PRESENTACIÓN



El Espíritu Santo y la Iglesia. Así reza el título de este libro, que recoge las Actas del Simposio celebrado este año, bajo el mismo título, en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Se trata del XIX Simposio Internacional de Teología, uno más dentro de esta ya larga serie de encuentros internacionales de teólogos, que convoca en el tiempo de Pascua la Facultad de Teología. El Simposio se celebró los días 22 a 24 de abril de 1998. Más de un centenar de teólogos participaron esos días en los trabajos, que tienen ya una tradición, también metodológica. Como Decano de la Facultad, me correspondió dirigir a los participantes el Discurso inaugural, en el que se fundieron de algún modo las palabras de saludo como Decano y la presentación *in situ* del Simposio mismo desde mi condición de Presidente del Comité Organizador: del tema, de su estructura, de la distribución y sentido de las ponencias. El discurso se encuentra en las primeras páginas de las Actas y a él me remito. No será, pues, prolija, esta presentación. Pienso que debo subrayar ahora el tema del Simposio y describir después lo que de hecho fueron las ponencias que se presentaron.

Ante todo, el tema mismo. Siempre se ha buscado en estos simposios elegir temas capaces de focalizar el interés no sólo de los teólogos de oficio, sino también de toda la comunidad cristiana. Lo que ya supone un comprender la teología como servicio a la fe del Pueblo de Dios. Era evidente para el Consejo de Facultad que el Simposio tenía que versar sobre el Espíritu Santo. Es este año 1998 la etapa pneumatológica del Pueblo de Dios en su inmediata peregrinación hacia el Jubileo del Año 2000. La Iglesia, «quasi una mystica persona» (Tomás de Aquino), está llamada por el Papa Juan Pablo II, este año precisamente, a «conocer» al Espíritu Santo —el «Gran Desconocido», como solía llamarle el santo Fundador de nuestra Universidad, Beato Josemaría Escrivá—, a invocarle y a tratarle en la piedad cristiana y en la inteligencia teológica de la fe. El Simposio sobre el Espíritu Santo se encomendó al Departamento de Ecclesiología, que ha abordado el tema

en su clave eclesiológica. Lo digo intencionadamente: en su «clave» eclesiológica, porque la eclesiológica, que tiene ciertamente, desde el punto de vista de los contenidos, las características de un «sector» de la Dogmática, no lo es en la formalidad teológica de su pensar: aquí es más bien una mirada a la totalidad de la economía salvífica en cuanto que se despliega (y se condensa) históricamente en el caminar del Pueblo de Dios. La Iglesia: todo lo que es lo recibe del Dios Uno y Trino: del Padre, que es —como ya dijo el Vaticano I— su eterno Pastor y ella, su Pueblo, su Familia; del Hijo, Cristo, que es su Cabeza y ella, su Cuerpo y su Esposa; y del Espíritu Santo, que es como su «alma», y ella, su Templo. El Simposio debía, pues, abordar la cuestión del Espíritu Santo en esta perspectiva.

Primero, pues, «contemplar» al Espíritu Santo en el seno del misterio trinitario y en el misterio del Hijo hecho hombre, antes de pasar al Espíritu en la Iglesia y en su misión. Fueron dos ponencias las dedicadas al tema primero: «Teología y economía del Espíritu». Serena y certera la intervención de Jean-Miguel Garrigues. El tema que se le señaló sonaba así: «La procesión y la misión del Espíritu Santo». Su texto concreta el título de esta forma: «La reciprocidad trinitaria del Espíritu Santo con respecto al Padre». Garrigues estudió la procesión del Espíritu en la tradición de la Iglesia latina y, a la vez, abriendo el camino para una recepción a fondo de la riqueza de la tradición oriental y para el diálogo con las Iglesias Ortodoxas. «El Padre —decía— y el Hijo no existen realmente en la Trinidad sino como Padre-Abbá e Hijo-Bien-amado, es decir relativos en sus propias personas al Espíritu como Don eterno del amor personal en Dios. Imaginarles como previamente constituidos en sus personas trinitarias, por anterioridad de naturaleza o de razón, con respecto a la persona del Espíritu, es incurrir en un *paralogismo*, es decir, en una deducción de la realidad a partir de nuestra manera abstracta de conocer y de razonar». El texto de Jean-Miguel Garrigues, de notable densidad, es un esfuerzo, basado en el riguroso conocimiento de la gran teología de Occidente, de distinguir la auténtica tradición latina del citado paralogismo «filioquista», que «reduce la Trinidad a dos pares de relaciones “binarias” *consecutivas* entre ellas, en las cuales el segundo par, que constituye a la persona del Espíritu, está subordinado *sin reciprocidad* con respecto al primero, que constituye las personas del Padre y del Hijo». El tema tiene una inmensa trascendencia espiritual y ecuménica.

Bruno Forte dio el siguiente paso. Su tema: «El Espíritu Santo y Jesús». Forte se plantea la interacción entre teología y economía del Espíritu Santo. El Espíritu que procede del Padre y del Hijo en la vida intratrinitaria es enviado, en la historia humana, a Jesús para la realización de la obra redentora. Jesús resucitado a su vez lo enviará a los discipu-

los. Pero el tema de Forte es el primero y lo señaló con fuerza y con claridad: «Según el testimonio de la Iglesia de los orígenes, el Espíritu de Dios actúa en la entera vida y obra de Jesús de Nazaret: una verdadera y genuina “cristología del Espíritu” nace junto con la “cristología del Verbo” fundiéndose con ella. Jesús *recibe* el Espíritu: en la concepción virginal de María, en las obras y días de su carne, hasta su resurrección gloriosa, Jesús se manifiesta como el Ungido por el Espíritu, el Mesías, el Cristo». El Espíritu no es «después de» Jesús, sino en él y con él. «Cristo —dice bellamente Forte— recibe y dona el Espíritu: su misión puede por eso ser descrita así: “El hombre sobre el que baje y se quede el Espíritu, ése es el que bautiza en Espíritu Santo”» (Jn 1, 33). El Espíritu Santo está, pues, en el misterioso *exitus* (extrañamiento) de Dios que es Cristo y en el *reditus* glorioso de ese Cristo, con la humanidad, al Padre.

Después de considerar al Espíritu Santo desde el Padre y en el Hijo, ahora, segundo día —segunda parte de estas Actas—, podíamos entrar al Espíritu Santo en la Iglesia y en su dimensión formalmente eclesiológica. El plan se realizó como estaba previsto. José Ramón Villar hizo una exposición abarcante del tema central del simposio, bajo un título tomado del Decreto *Unitatis redintegratio* (el Espíritu Santo, «*principium unitatis Ecclesiae*»), que concentra la «economía» del Espíritu en la Iglesia viéndolo como la fuente y raíz de la unidad de la Iglesia. La tesis de fondo de Villar es que la misión del Espíritu Santo a la Iglesia tiene como efecto propio capacitarla para realizar la misión que le confirió el Resucitado. Esa misión que encarga Cristo a la Iglesia no es «otra cosa» junto a la unidad de la que es principio el Espíritu. La misión se da como desbordamiento y efecto de la unidad de la Iglesia, obra del Espíritu Santo. En este contexto aborda el ponente la relación del Espíritu con la dimensión cristológica de la unidad y concretamente con el tema del ministerio de sucesión apostólica. «Es convicción de la Iglesia Católica —afirmó— que el Espíritu realiza la unidad no sólo en cada uno de los fieles en relación a los demás, sino también en cada una de las Iglesias en relación a la única Iglesia por medio de la comunión con el sucesor de Pedro y con el Colegio episcopal». Quedaba introducida la ponencia siguiente, que tuvo estructura peculiar, con cambio de metodología.

Esta ponencia, en efecto, la cuarta del Simposio, estaba concebida por el Comité con intencionalidad formalmente ecuménica, como contribución al debate en curso sobre un tema central —por no decir «el» tema central— del diálogo ecuménico: «El Espíritu Santo, el ministerio apostólico y la unidad de la Iglesia». Tres relatores —un protestante, un ortodoxo y un católico— abordaron el mismo tema a la luz de sus respectivas confesiones pero buscando el diálogo y el discernimiento de las otras.

Jean-Louis Leuba, un hombre de extensa experiencia en el diálogo ecuménico, formula en su intervención cinco tesis. Expone así, en un esfuerzo de síntesis, la manera que la teología protestante —tanto luterana como calvinista— tiene de enfocar la relación entre las tres magnitudes señaladas en la ponencia. No podemos detenernos en ellas. Bien cerca las tiene el lector (vid. pp. 299-308). Sólo quiero subrayar que esta síntesis, viniendo de una tan autorizada voz de la teología protestante, facilitará a los lectores una comprensión fundada de la posición surgida desde la Reforma en esta materia. El teólogo suizo señala honradamente los puntos de contraste con la doctrina católica, a la vez que se esfuerza por considerar el carácter «complementario» de lo que llama —con Cullmann— «carismas» católico, ortodoxo y protestante.

El punto de vista ortodoxo está a cargo, en cambio, de Ioan-Vasile Leb, un joven profesor de la Facultad de Teología de Cluj-Napoca. Rumano, como el gran Dimitru Staniloaie —tal vez el más notable sistemático de la moderna teología ortodoxa—, su texto es un esfuerzo para aunar tradición patristica y doctrina de los teólogos ortodoxos contemporáneos, especialmente griegos. El centro de interés ecuménico está en el punto 3 de su intervención: «La unidad de la Iglesia desde una perspectiva ortodoxa», donde el Autor expone brevemente la comprensión ortodoxa de la unidad como koinonía de los cristianos y de las Iglesias sobre la base de la celebración eucarística. Una vez más encontramos la afirmación en este contexto de la sucesión apostólica y del episcopado y, de manera colateral, el rechazo de un «primado de jurisdicción»; aunque se reconoce la autoridad del Colegio episcopal para todas las Iglesias, lo que me parece teológicamente del máximo interés en orden al diálogo en curso.

Finalmente, Mons. Brunero Gherardini expuso la posición católica del tema: una condensadísima exposición, que el lector deberá leer muy detenidamente. El Prof. Gherardini, reconocida autoridad en Luterano y teología protestante, centra el tema enseguida —con interesantes rasgos autobiográficos— para ir derecho a la cuestión. «No hay disociación entre el Espíritu Santo y el apóstol. El uno es razón del otro: éste es y actúa gracias a la presencia y acción de aquél. Pero, por efecto de tal presencia y acción, el apóstol queda configurado como proyección sacramental de Cristo, el enviado del Padre, que, a su vez, comunica a los otros su propia misión». «Una clara visión de la teología bíblico-neotestamentaria une inescindiblemente Espíritu Santo y ministerio, y extrae de esta unión un nuevo argumento para la unidad de la Iglesia. Como los apóstoles, también sus sucesores, ayer, hoy y siempre, podrán decir a la Iglesia con la misma “parresía” de aquella primera vez (Act 15, 28): “nos ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros”». Interesante la neta afirmación sobre la sucesión apostólica:

«A excepción del Obispo de Roma, síntesis de toda la Iglesia, principio y fundamento visible de su unidad, la sucesión en la autoridad del ministerio pasa de Colegio a Colegio (LG 22), al que es agregado cada sucesor».

El debate ulterior sobre el tema sirvió para matizar y perfilar posturas, pero hizo evidentes las palabras con que Leb terminaba el texto de su ponencia: «Todo esto necesita una investigación más profunda en las Comisiones de Diálogo de las Iglesias romano-católica y ortodoxas». Contribuir —modestamente— a desbloquear ese diálogo era, en efecto, la *intentio* de esta sesión ecuménica.

La tercera parte del Simposio contempla al Espíritu Santo en la misión: celebración y acción apostólica. El tema primero era sumamente enjundioso y corrió a cargo del liturgista catalán Pere Farnés: «El Espíritu Santo en la Liturgia: Epiclesis y acción *in persona Christi*». El ponente captó muy bien la secuencia temática del Simposio cuando dijo: «Es posible que algunos extrañen que una ponencia que trata de la celebración eclesial figure precisamente entre las que tratan de la intervención del Espíritu Santo en la misión de la Iglesia. Pero no puede olvidarse que la principal misión del Verbo encarnado —y consiguientemente de la Iglesia— es la glorificación de Dios». El texto de Farnés, un texto sumamente documentado, que muestra la comprensión de las acciones litúrgicas desde la «misión» del Espíritu sobre los ministros y la comunidad celebrante, y sobre los dones. Misión que es fruto del Amor misericordioso del Padre y de los «méritos» del Hijo hecho hombre, pero también de la «invocación» (epiclesis) que hace la Iglesia al Padre en el nombre de su Hijo amado. Farnés mostrará cómo la «teología de la epiclesis», especialmente cultivada en la tradición oriental, y la «teología de la actuación *in persona Christi*», que se desarrolla con fuerza en la tradición latina, no son polémicas entre sí, sino complementarias en la ilustración del misterio, pues responden a las perspectivas pneumatológica o cristológica de la economía sacramental. Nos parece este punto del máximo interés eclesiológico.

Ramiro Pellitero desarrolló la última ponencia. El tema era en cierto sentido demasiado amplio: se trataba de exponer la acción carismática del Espíritu Santo al servicio de la misión de la Iglesia. El ponente, que es miembro del Comité Organizador y editor de las Actas, lo formuló así: «El Espíritu Santo y la misión de los cristianos: los carismas, unidad y diversidad», y trajo a su texto pensamiento ordenado y claro. Pellitero parte de la doctrina del Espíritu Santo donde la dejó la ponencia de Villar: el Espíritu Santo, «*principium unitatis Ecclesiae*», de manera que al contemplar la multiplicidad de los carismas, la misma variedad habla de la unidad. No es que la variedad sea en la Iglesia

«compatible» con la unidad, sino que el modo de darse la unidad en la Iglesia es incluyendo en su seno la variedad («unitas catholica»). Y a su vez, la variedad polémica con la unidad no viene de los carismas del Espíritu, sino del espíritu maligno. De ahí que sea esencial a la «economía del Espíritu» el discernimiento de los carismas, que se da en diversos niveles de la comunidad cristiana y que, en última instancia, pertenece a los sucesores de los Apóstoles. El Autor de la ponencia analiza la manera de darse la acción del Espíritu Santo en los sacramentos, en los ministerios y en los carismas, buscando la interrelación unitaria de estas realidades en el plan de Dios. «Gracias a la acción del Espíritu Santo —sacramental o carismática— la Iglesia es sacramento (signo e instrumento) de la unión íntima con Dios en Jesucristo y a la vez signo de la presencia y de la acción del mismo Espíritu vivificante».

Estas ponencias han tenido lugar en las sesiones plenarias de la mañana. En las sesiones parciales se leían incansablemente todos los días las comunicaciones, que eran objeto de breves debates en la propia sesión. El lector las encontrará en el lugar correspondiente de estas Actas y comprenderá, a la vez, que el presentador no pueda dedicarles un espacio en esta presentación del volumen. Las tardes estaban dedicadas al debate de las ponencias: una larga sesión de dos horas —que se hacía corta—, moderada por el presidente de cada jornada, que ponía a los relatores de la mañana a contrastar entre sí las respectivas posiciones y, sobre todo, daba la palabra a los demás miembros del Simposio en diálogo con los ponentes. Estas sesiones de la tarde, que se celebraban en el espacio de la Biblioteca de alumnos de la sede de la Facultad, han sido siempre —y el simposio reciente lo confirma— un foro excelente para la discusión científica.

Unas palabras finales de agradecimiento. Ante todo, a los que visitan nuestra Universidad: los relatores, cuyas ponencias he tratado de presentar, algunos de los cuales vinieron de lejos, y todos con sacrificio, dejando o acotando otras tareas. Y con ellos, a los numerosos autores de las comunicaciones y a los demás miembros del Simposio que, de manera tan constante, siguieron ponencias y debates.

Pensando ya en la Universidad de Navarra, la primera palabra de agradecimiento es para su Gran Canciller, Mons. Javier Echevarría, Obispo Prelado del Opus Dei, que siguió tan de cerca la temática y la preparación de este Simposio y nos impulsó a su realización, como forma de servicio a la Iglesia.

Del Rector Magnífico, Prof. José María Bastero, y del equipo de Rectorado sólo hemos recibido facilidades para llevar a cabo nuestro trabajo. El Prof. Bastero quiso inaugurarlos personalmente y su discurso está incluido en estas Actas. Mi agradecimiento más sincero como Decano en nombre de toda la Facultad.



Finalmente, debo dejar constancia de mi agradecimiento personal, como Presidente, a los demás miembros del Comité Organizador, por su entrega a todas las tareas, desde «pensar» el Simposio hasta los detalles más materiales, para los que contábamos también con la valiosa y silenciosa ayuda del personal de Secretaría y de Servicios.

La publicación de las Actas, culminación del trabajo de un Congreso o de un Simposio, va unida al deseo del Comité Organizador de que puedan en efecto ser útiles a los que se dedican al oficio de hacer la teología en estas lindes, ya tan proximas, del Gran Jubileo del año 2000.

Pamplona, 14 de septiembre de 1998

Pedro RODRÍGUEZ

Decano de la Facultad de Teología  
Presidente del Comité Organizador del  
XIX Simposio Internacional de Teología